SEMANA SANTA DE LOS CRUCIFICADOS

P.Prisciliano Hernández Chávez, CORC.

II. Jueves Santo, Misa Crismal.

Día que recuerda la autodonación permanente de Cristo Jesús a través de los dones del Sacerdocio, de la Eucaristía y del mandamiento del Amor, admirablemente inter relacionados en mutua dependencia de cara al proceso de la salvación que habrá de llegar a todos los espacios y tiempos.

El Sacerdocio particularmente tiene su espacio singular en la Misa Crismal, presidida por el Obispo, sucesor de los Apóstoles y que como tal nos vincula con el Cristo de la Historia que es el Cristo de la fe. El símbolo y los signos son propios del lenguaje de los misterios cristianos y por tanto de la sagrada Liturgia, que nos habla de ese “synkatábasis”- condescendencia divina, Dios que asume nuestra semiología para realizar la salvación; de aquí que es importante saber el sentido de la pragmática, es decir por qué se usan estos signos-símbolos determinados dentro del contexto celebrativo; su sintáctica, esa íntima conexión entre signos gestuales, materiales, fonéticos e icónicos para adentrarnos en su lenguaje y ubicarnos en la comunicación humano-divina, divina-humana; finalmente, la dimensión semántica ordenada a la sistemática de la significación.Esto da cuenta de cómo el hombre es “animal simbolicum” como lo afirma Ernst Cassirer, o mejor como lo afirma el Documento de Puebla, “el hombre es un ser sacramental”. En virtud del agua y del bautismo por el Espíritu Santo se inicia una comunión real y existencial con Cristo; nos sumergimos en Cristo y nos revestimos del mismo Cristo; esto es posible por el Sacerdocio de Cristo, pues el sacerdote actúa “in persona Christi”, en la persona de Cristo por su mandato y autoridad. Por eso el utilizar vestiduras litúrgicas se pone de manifiesto que sea actúa “in persona Christi”, es decir se hace presente a Cristo quien habrá de ejercer su sacerdocio a través de hombres frágiles órdenados-consagrados para esta misión. Se utiliza el agua en el Bautismo; en esta Misa Crismal, además del pan de trigo de todas las celebraciones eucarísticas, se privilegia el Aceite de Oliva – Santos Óleos, bajo tres condiciones: Óleo de los Castecúmenos, Óleo de los Enfermos y Santo Crisma. El significado del aceite-óleo nos recuerda que es alimento, medicina, y dispone para el combate. En la antigüedad en Israel, el rey y el sacerdote eran ungidos con el óleo para indicar su dignidad, su responsabilidad y su misión divina. La palabra Cristo, traduce al griego la palabra Mesías, que significa el Ungido; por eso los cristianos, como se les llamó primeramente en Antioquía,significa que pertenecen y siguen a Cristo( cf Hch 11,20). Cristo es el Ungido por el Espíritu Santo. En esta Misa Crismal, en Catedral, los Santos Óleos están en el centro de la celebración. Son consagrados directamente por el Obispo, para que se distribuyan en todas las parroquias de su Diócesis y que sean utilizados durante el año. El óleo se utiliza en el Bautismo, en la Confirmación, en la Ordenación sacerdotal o episcopal y en el sacramento de la unción de los enfermos. Así se manifiesta el amor de Dios realizado en este nivel sacramental, expresa nuestra vinculación con Cristo quien instituye a su Iglesia como Sacramento Universal para actualizar su misterio de redención en la historia. El sacerdote en esta misa recuerda que ha sido ungido sacerdote de Cristo; es persona que ontologíca y existencialmente ha de hacer presente a Cristo en la dinámica sacramental como en la vida ordinaria. El Papa Benedicto XVI, hacía esa realación de la palabra “elaion”-óleo-aceite, con la palabra “eleos”-misericordia, según una etimología popular griega. Por eso el sacerdote es el dispensador de la misericordia de Dios por los sacramentos y en su actuar como pastor.

Este Jueves Santo, la misa Crismal, será en ausencia de los fieles, aunque en comunión con toda la Iglesia. La misericordia del Señor se ofrece de otras maneras, -electrónicas, para hacernos vivir nuestra comunión. Es tiempo de valorar la misericordia de Dios que se nos ofrece en los sacramentos.Es tiempo de reconocer nuestra vulnerabilidad y que necesitamos de la presencia salvadora y sanadora del Señor Jesús. Que se apiada de nosotros y nos acompaña en nuestros dolores y penas, que son son suyos porque formamos un solo Cuerpo con Él, en virtud de nuestro bautismo, la confirmación, el sacerdocio.

III.Jueves Santo, Misa Vespertina de la Cena del Señor.

La oración colecta, clave para adentrarnos en la celebración: “Dios nuestro, reunidos para celebrar la santísima Cena en la que tu Hijo unigénito, antes de entregarse a la muerte confió a la Iglesia el nuevo y eterno sacrificio, banquete pascual de su amor, concédenos que, de tan sublime misterio brote para nosotros la plenitud del amor y de la vida…” (Misal Romano).Aquí está dicho todo el sentido de la liturgia de esta tarde.

En el contexto de la cena pascual judía, en el marco de la “haggadáh”, narrativa de la liberación de Egipto según se describe en el Éxodo (12,1-9.11-14) , Dios que libera a su pueblo de la esclavitud egipcia y que debían celebrar año con año en el día 14 mes lunar del “nisán”. En esta cena se bendice a Dios, berakhá, o eucaristía,- bendecir a Dios, dandole gracias, euxaristai. Cristo será el Cordero Pascual quien entrega su cuerpo y sangre para redención de “los muchos”, es decir de todos. El se entregó a sí mismo como víctima de propiciación de nuestros pecados; diríamos, realiza un “ot”, es decir un signo profético que implica la realidad incruenta de su sacrificio, en el pan y en el vino, para ser la comida sacrificial de la pascua y la Pascua misma. El nos involucra en su misterio de entrega: Él es Nuestro Cordero, el es nuestra Pascua. El es vida de nuestra vida. Nuestra vida es para entregarla así como la entregó Jesús, en el misterio del amor como entrega total. De aquí el tercer regalo del Señor, su mandamiento del Amor. “Ámense como yo los he amado”. Solo así traducimos en nuestra propia vida, la Vida del Señor. Aquí está nuestra fuerza, no otra. Aquí está la Buena Nueva del Señor, el Evangelio de la Salvación. Amen como yo; si estamos con el Señor, hemos de amar como Él, y hacerlo presente en nuestras palabras y en nuestra vida, lejos de moralismos, con una vida humilde, sencilla y de servicio.

Sacerdocio, Eucaristía, Mandamiento del Amor; los tres regalos del Señor, que recordamos en el Jueves Santo. Así se autodona a a nosotros. Él ha puesto su sello en todos y en cada uno de estos dones para decirnos : “te amo, te quiero”, estoy contigo, sufro contigo. Vives la pascua conmigo en el tiempo y después en la eternidad. Esta pascua de la pandemia, es mi pascua. María Santísima nos ayudará a profundizar y valorar los tres regalos de su Hijo, en su única, eterna y definitiva Alianza de su entrega actualizada en nuestra propia carne y en nuestra propia vida. .